

de destacados pintores que no cito por ser muchos, cuyo esfuerzo se encamina a colocar muy alto el nivel artístico de nuestra provincia, según anualmente puede comprobarse en la Exposición de Artes Plásticas que Valdepeñas viene celebrando con creciente éxito, desde 1940, y punto de reunión de todos ellos.

Tuve yo la primera noticia de la obra de Rafael de Infantes al contemplar un cuadro suyo, titulado «Mi madre», en el último Salón de Otoño, celebrado en el Palacio de Exposiciones del Retiro, cuando aún este Certamen gozaba de cierto prestigio artístico y no había sido condenado a ir de la ceca a la meca, convertido, de tan venido a menos y desmirriado, en un vulgar e insignificante saloncillo, ya que de quinientas y aun más obras que figuraban en catálogo por aquel entonces, han quedado reducidas a las cien escasas de este año.

No conocía yo entonces a García Morales, y no podía, por lo tanto, ir predispuerto a contemplar y juzgar su obra con benevolencia. Su cuadro, muy entonado, muy justo y acertado de colorido, de gran serenidad y equilibrio, y, sobre todo, bien dibujado, aunque con cierto descuido en la perspectiva del fondo, me agradó porque sí, porque destacaba, en la sala en que estaba colocado, de cuantos le rodeaban. Se veía claramente que aquel lienzo estaba pintado con gran entusiasmo y con un cariño mucho mayor aún que el entusiasmo. Y se veía, también, y el tiempo lo ha confirmado, y ha de confirmarlo más aún, que en el autor del cuadro aquel había madera de pintor, y, concretamente, de buen retratista.

Siguiendo mi costumbre siempre que visito una Exposición de pintura, puse una nota marginal, en el catálogo, al lado del nombre del autor, que decía así: «Es artista, siente y conoce el oficio, y no tardará, con algo de suerte y depuración, en darse a conocer.»

¿Me equivoqué al aventurar aquel juicio?

Pasado algún tiempo (dos años si mal no recuerdo), García Morales presentó en la VII Exposición de Artes Plásticas, de Valdepeñas, celebrada en 1946, tres lienzos —dos floreros y un bodegón—, obteniendo octavo premio el titulado «Rosas». La factura de estos cuadros, muy efectistas, era inferior al retrato que yo había visto en el Salón de Otoño. Y así se lo manifesté al autor —a quien acababan de presentarme— en los mismos salones de la Exposición. Estuvo de acuerdo conmigo, y prometió enviar mejor obra al año siguiente.

*Retrato de la señorita María Victoria Enriquez de Luna.*



En efecto, a la VIII Exposición acudió García Morales (ahora ya Rafael de Infantes) con otros tres cuadros de técnica superior a los presentados en la VII, consiguiendo quinto premio el titulado «Niños», composición de suave y emocionada melancolía, de fino y grato colorido, tal vez algo monótono, en el que también la perspectiva quedaba algo descuidada. Tampoco este lienzo era superior, a pesar de ser más ambicioso en el tema que el bodegón y los floreros del año anterior, al titulado «Mi madre», tan hondamente sentido como bien captado.

¿Me habría equivocado al enjuiciar a García Morales?

Ahora, después de varias conversaciones con él, conocía positivamente su gran afición y su entusiasmo, si bien seguía ignorando el valor positivo de toda su obra, por desconocer la mayor y mejor parte de ella. Mas un día del pasado octubre, encontrándome en Madrid, vi, con gran satisfacción, anunciada en la prensa la Exposición de obras de Rafael de Infantes, en la Sala Vilches. La mayoría de los críticos de arte encomiaban la labor del joven artista desde las columnas de sus periódicos. El micrófono de Radio Nacional de España lanzó, también, a todos los vientos, el elogio del pintor.